

INSTITUTO DE CHILE  
ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

ALFONSO CALDERON

*La ciudad de los Césares  
Hugo Silva y algo más*

Discurso de recepción del Académico

D. MIGUEL ARTECHE

27 de abril de 1981

EDITORIAL UNIVERSITARIA

# INSTITUTO DE CHILE

ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

ALFONSO CALDERON

## *La ciudad de los Césares Hugo Silva y algo más*

Discurso de recepción del Académico

D. MIGUEL ARTECHE

27 de abril de 1981

EDITORIAL UNIVERSITARIA

LA CIUDAD DE LOS CESARES,

HUGO SILVA *y algo más*

*Discurso de incorporación de D. ALFONSO CALDERÓN*

Agradezco la invitación que me formula la Academia de la Lengua al invitarme a participar de sus trabajos. Ni docto ni prolijo, he ido dejando en el camino algunos textos volanderos que debería llamar pre-textos, destinados a no hacerse notar, siguiendo un estricto orden de desaparición. Tímido, confuso, más bien irónico de tan triste que he sido, quise siempre evitar aquello que el padre Gracián denominaba "entradas de caballo siciliano", que corresponden a los "sujetos de sola fachata", según el mismo hombre de religión, tan concededor del paño en su arca y en las ajenas.

Mis primeras relaciones con el idioma español quizás tengan apoyo en la existencia de un personaje de mi infancia, el cura Arteche, tío de Miguel. Canonista de nota, armónico adicto del rapé, ceceante y tácito maldiciente, dueño de un pañuelo tan enorme como el Santo Sudario, enemigo jurado de la concupiscencia, nos prodigaba términos extraños de sol a sol, o sea desde la misa de seis a la novena, dándonos, en los intermedios, algunos vocablos que más tarde leeríamos en Pereda o en Juan Valera.

A veces, con frío y algo de pavería, Miguel y yo, durante la misa, en la que cumplíamos el papel de monaguillos, no vaciábamos la vinajera con la prolijidad y el nivel deseados. En sordina, que en don Gonzalo significaba oírse cuanto decía más allá de la plaza, pedía: "¡Echad sin renuencias, hijos. Que así como lo hacéis no se va al cielo!". Cuarenta años. A cuantos seres no debo un amor por el idioma que se ha vuelto, con el tiempo, una pasión verbal. Veo libros, libros y libros. Y entre ellos, por ahora, uno.

\*

Debo a Hugo Silva Endeiza, mi ilustre antecesor, el condominio de la Ciudad de los Césares. Su libro "Pacha Pulai" me conmovió profundamente. Recuerdo muy bien. Tendría yo doce años y vivía leyendo, tendido en mi cama, pareciéndome a ese personaje de una historia del libro de francés de Lenz y Diez, el cual, abandonado por sus amigos cuando aparece un oso de órdago, se tiende largo rato, haciéndose el muerto. El animal le olfatea y parece susurrarle algo al oído. Dirá aquel a sus camaradas, más tarde, que el oso le expresó: "no te fíes de un amigo antes de haberlo puesto a prueba en la necesidad". A mi lado, en el velador, un tazón de café con leche y pan con mermelada de grosellas. Libros y más libros. "El jorobado o Enrique de Lagardere", "La Jangada", "Cuatro Plumas", "Beau Geste" y "Las minas del Rey Salomón".

Era invierno. El colegio permanecía cerrado y, divisándose apenas entre los tilos desnudos de la plaza, parecía murmurar: "¡ya es tarde, es

muy tarde!", y yo sentía la angustia de las notas, de las lecciones. En mis oídos, volvían pavorosos unos versos de Longfellow que habíamos memorizado: *Be still, sad heart, and cease repining*. Minotauro de mí mismo, retiro el libro próximo, mi cena. Veo el nombre: "Pacha Pulai", por Hugo Silva. Doy vuelta la página. Sobre el tiempo y sobre el libro. Ya no había nada más que eso. Dejé sola, en la muralla, a Gail Russell. No supe de von Paulus, en Stalingrado, ni de Rommel, en Tobruk; acepté, sin más, que los defectivos ingleses eran así, y la lluvia caía interminablemente.

Podía ver al teniente Alejandro Bello y la extraña y maravillosa ciudad, perdida en el interior de Antofagasta, hacia la Pampa, sin moverme de mi cuarto. Sedentario por naturaleza, no deseé ir jamás a Mompracem o al Baragán, ni a Omsk, con Miguel Strogoff, ni a Cristianía, ni al centro de la tierra, ni siquiera al país de Oz. En un perpetuo viaje interior, usando la mente, no iba a parte alguna, salvo al cine o al estadio.

Me encantaban las ciudades perdidas y las mujeres perdidas. Buscar a Ayesha o a Allan Quatermain, en un esfuerzo mental; encontrar Shangri-La, en compañía de Ronald Colman, o ir a la Atlántida, siguiendo los capítulos del Libro de Pierre Benoit, justificaban una vida como la mía. No soportaba los sermones ni los exámenes ni las obligaciones, y esos libros me parecían escritos para que yo, viajando alrededor de mi cuarto, los entendiera, procurándome la felicidad que buscaba.

Lo que me extrañaba en la novela de Hugo Silva era el lugar. ¿Qué tenían que hacer Antofagasta y la pampa con el lugar de los maravillosos Césares? Muy tarde ya, supe la razón. Hugo amaba a esa ciudad del norte. No podía vivir sin nombrarla, sin recordar su historia de riquezas y de esfuerzos. Alguna vez escribió: "Antofagasta, que nació junto al puerto de Cobija, que delineó Bolívar, fue desde sus primeros años algo así como un escaparate luminoso que el salitre y el cobre abrieron hacia el mar. Sus minerales atrajeron desde entonces a los sabios y a los comerciantes, a los mineros y a los vagabundos geniales. Por ferrocarriles que vienen desde Mejillones y Coloso llegan los carguíos de salitre y productos mineros. Sus redes portadoras de riqueza se extienden hasta Bolivia y Argentina".

La Pampa tiene condición de matriarca. Es fuerte, dolorosa y pareja con todos sus hijos, como la muerte. Quienes aceptan su adopción, rara vez nacieron en ella. "Vinieron —escribe Hugo Silva— de cualquier parte, pero son sus hijos. El hombre que vivió en la Pampa, permanecerá allí su vida entera o morirá en ella. La vida frenética, de lucha, de trabajo intenso, de juramento, de triunfo, ya no podría sincronizarse con otro medio que no fuera el de la Pampa. El pampino chileno cruza el desierto sin saber si su campamento va a levantarse allí por días o años. El brazo se hace diez veces más potente, el cerebro se ilumina y la vida entera se hace una revelación en el alma del hombre que se decidió a buscar su porvenir en el

desierto. De allí que el pampino tenga el sentido de la lucha cívica más desarrollado que el que vive en un ambiente de comodidad y regalía”.

Hugo Silva, Paul Verité, Julio César, Boabdil, Rob Roy, El Vergonzoso en Palacio o Jacques Tournée le Broche. Escribió mucho y variado en “La Nación”, en “Hoy”, en “El Mercurio”, de Santiago y de Antofagasta, en “El Chileno”, en “Los Tiempos”, en “La Segunda”, en “El Imparcial”. Todos los temas —dice Salvador Reyes— eran buenos para esta pluma privilegiada: “La actualidad internacional y el pequeño suceso de la vida cotidiana. El espectáculo callejero en que no habíamos reparado servía a Julio César para sus elegantes crónicas, ricas de léxico y verdadera sensibilidad artística”.

Costaba distinguir en él lo que era literatura y lo que constituía labor periodística. Con idéntico respeto cruzaba los límites y volvía sobre sus pasos, sin borrarlos. La página en blanco era la arena del desierto. ¿Qué habrá acontecido con una novela de Hugo Silva? Iba a transcurrir en la pampa, en Antofagasta, en la costa. Salvador Reyes leyó algunos capítulos. Confidenció: “algunas escenas tienen como fondo las impresionantes ruinas de los establecimientos de Huanchaca, que para la imaginación de los nortinos fueron teatro de sus primeros contactos con los elementos sutiles y exaltantes de la aventura. Dramática, dinámica y rica en observaciones de la realidad, esta obra gira en torno a uno de los episodios más crueles de la vida en el Norte Grande: la crisis salitrera, el abandono de las oficinas, el éxodo de miles y miles de hombres para recomenzar en otras comarcas del país la eterna lucha por la supervivencia”.

Tal vez yo haya querido ser como el rapsoda de la ciudad perdida, don Juan López de Barbadillo, a quien Hugo pinta como propietario de una “auténtica palidez de biblioteca”, fugaz Homero de las serranías, instalado eternamente en un asiento de vaqueta, y untando parsimoniosamente las plumas de parina en el tintero, llenando las cuartillas con letra pequeña y clara, capaz de ahuyentar al arduo paleógrafo del futuro.

Tal vez esa ciudad que todos buscamos no sea más que la Isla de los Bienaventurados, donde habrán de congregarse los ausentes, los muertos por amor, los que desaparecieron en naufragios, vuelos o expediciones, los que buscaron en los muros sin dar con la puerta de salida. En la subida de Taqueadero, de Valparaíso, “junto a la gruta de las quebradas, donde las aguas alborotadas cantan sin ton ni son”, nos espera Hugo Silva. Nos esperan los destellos de la Ciudad de Oro. El viaje es breve. Así sea.

\*

El mundo era aún un lugar de incertidumbres. “La zona perusta de Aristóteles, el pulmón marino, de Estrabón, al norte de Europa y el mar tenebroso, al

sur del cabo Bojador, cohibían con su terrorífica imagen el natural impulso a sobrepasar los confines del mundo", anota Julio Rey Pastor, en su libro "La Ciencia y la Técnica en el Descubrimiento de América". ¡Cuántas novedades desde el instante en el cual los marinos de Enrique el Navegante aceptan el desafío de las tierras desconocidas!

Con el conquistador español, en los galeones, el mito se embarca rumbo al Nuevo Mundo, el *Orbe Novo*, en el magnífico latín del humanista Pedro Mártir de Anglería. El mágico espectáculo se presenta en el retablo de las maravillas. Existe el convivio de la aguja de marear con las cartas geográficas; de la cruz con la tizona; del escorbuto con la fama. Y no se habrán de quedar fuera del escenario los espejismos del oro, la búsqueda de la fuente de la eterna juventud, las sirenas homéricas, el país de las Amazonas y las ciudades perdidas y traslaticias.

La tradición mítica no sabe de límites. Los sueños se hermanan con las batallas, debido a aquello que Du Bellay llamaba "la tan admirable como pernicioso pólvora de artillería". Es el comienzo de la América-Fantasia, para usar el término acuñado por Lewis Hanke. Como el nativo atesoraba también sus laberintos e irrealidades, en medio de dioses voraces y sanguinarios, el contagio de dos líneas de tradición era evidente. Si a ello se agrega el carácter de cruzada religiosa, no puede olvidarse el sentido escatológico de la Conquista, porque —escribe Mircea Eliade— "el Paraíso americano va siendo infestado con fuerzas demoníacas que proceden de la Europa urbana".

Ya fray Pedro Simón, en su "Primera Noticia Historial de las Conquistas de la Tierra Firme en las Indias Occidentales", podrá hablar de "las ovejas que han entrado de este Nuevo Mundo en el redil y amparo de la Iglesia Romana", y, ni corto ni perezoso, León Pinelo habrá de situar el Paraíso Terrenal en la región ecuatorial de América.

La existencia de ciudades fantásticas aparece registrada de modo constante desde antiguo, y casi siempre se las asocia a la presencia del oro en abundancia. En la Biblia se recuerda, por el profeta Zacarías, que en Tiro "la plata se amontona como el polvo, y el oro como el barro de las calles". Marco Polo abre el camino de la seda y del mito. En su Cipango (Japón), el pavimento, las cámaras, todo es "enteramente de oro, como grandes losas de piedras gruesas de dos o tres dedos". En una carta, al parecer apócrifa, de Toscanelli a Colón, se nombra a esa Cipango, describiéndola como una ciudad "realmente riquísima en oro, perlas y piedras preciosas; allí se revisten los templos y las mansiones reales con oro macizo".

En las crónicas de la Conquista, se menciona a menudo a la hermosísima Ofir, citada en la Biblia, exaltada por el padre Acosta, y buscada con ahínco, de un lugar a otro, hasta suponer de acuerdo a falsas nociones

etimológicas que se encontraría en el Perú. La maravilla parece hallarse siempre al alcance de la mano, y Colón —como expresa un cronista— “por poca hebra que le dieron, como hombre de buen talento, fue sacando el ovillo”.

Las láminas de la “Cosmografía” de Sebastián Münster representan fantásticamente las razas humanas, en 1550. Los datos tomados de Solinus, un autor del período de la decadencia romana, procuran referencias de zoología fantástica: el basilisco de la India, el bonacus de Frigia, los grifos, las hormigas del tamaño de un perro, el ave fénix. Los hombres imaginarios no le van en zaga: cíclopes, cinocéfalos —o seres con cabezas de perro—; hipópodos, seres con pezuñas de caballo; varones con un pie gigantesco, con labios descomunales que les sirven de sombrilla, y hasta unos que menciona fray Pedro Simón, los curiosísimos indios tutanuchas, de California, de enormes orejas, bajo las cuales podían cobijarse con holgura hasta seis españoles. El padre Acosta y el padre fray Juan de Torquemada, en su “Monarquía Indiana”, hablan de unos huesos de gigante, en México, diciendo que una muela que extrajeron de la tierra “era como un puño”.

La noticia fabulosa de lugares remotos es casi siempre un señuelo que mueve voluntades. Si se le agrega la noción de riquezas, todo es miel sobre hojuelas. Con ánimo precavido, el ya citado fray Pedro Simón concluye: “se echa de ver cosa sin fundamento la de aquellos que pretenden conquistar a título de ir a buscar el Dorado”.

¡Cómo habrá de hablarse de él y de Manoa, su capital, en todas las crónicas! Antonio Vázquez de Espinosa, en el “Compendio y Descripción de las Indias Occidentales”, anota: “una ciudad o población que tiene más de tres leguas de largo, llamada Manoa, la cual es riquísima en oro y plata y otras cosas preciosas”, dando fe de que “hay una calle de más de dos leguas de plateros de oro y plata que lo labran a su usanza”.

La corona inglesa se interesa por esa posible nueva gema y pone a uno de sus hombres en acción.

Con cuánta pasión, Sir Walter Raleigh buscó el prodigioso Dorado, del cual llegó a dibujar un mapa quimérico. Ya las primeras crónicas españolas advertían que el Dorado no era una ciudad, sino el nombre de un jefe tribal. Creía Raleigh que se hallaba entre el Amazonas y el Orinoco, con su esplendorosa capital inexistente, Manoa, de la cual ha hablado Mariano Picón Salas: “en el corazón de la selva tropical cuyo áureo relumbré de palacios y cúpulas extravió a tantas expediciones, asaltadas de fieras, transidas de hambre y sed, en las llanuras sudamericanas. Acaso la gran luz de Manoa no era sino la del crepúsculo proyectándose sobre horizontes inacabables, en el espejo de topacio de los anchurosos ríos, en

el verde telón vibrátil de la floresta, en las formas mitológicas de las nubes”.

Raleigh creía que en Manoa había tres montañas: una, de oro; una, de plata, y una de sal. Llegó a escribir un libro que intituló “Descubrimiento del vasto, rico y hermoso imperio de la Guayana y de Manoa, la gran ciudad de oro”. Habló de hombres descabezados, de palacios de pórfido y de alabastro, y de amazonas, las cuales se cortaban un pecho con el fin de apoyar cómodamente el arco, tensarlo y arrojar la flecha.

Todos los expedicionarios deseaban hallar a estas formidables mujeres. Sabemos bien que buscarlas y combatir las formaba parte del trabajo de los héroes griegos. Teseo y Hércules lucharon con ellas. Eran conocidas con el término griego de “androctonoí”, o matahombres. Lo del pecho cortado no pasa de ser una información escasamente confiable de Diodoro. Al parecer, de acuerdo a la opinión de un investigador griego, el amazonismo corresponde a la nostalgia de una sociedad indiferenciada. Y es evidente que encubre metafóricamente a algún orden ginecocrático del Asia Menor.

En su libro sobre los hititas, el orientalista Eugenio Cavaignac acepta la hipótesis de una relación de las amazonas con los hititas, advirtiendo que el aspecto mismo de los guerreros de ese pueblo, “tal como aparecen en los monumentos, con sus rostros redondos y lampiños, podrían inducir a creer en seres andróginos”, y concluye que “si ciertas tradiciones hititas en el culto y en las costumbres se hubieran conservado a orillas del Mar Negro o en la región de Efeso, sería fácil sorprender allí el origen del mito amazónico”.

El paso de las guerreras por España, de acuerdo con un informe de Menéndez Pidal, se halla registrado en la “Crónica General”, de Alfonso X el Sabio, en donde se narra el ataque de unas mujeres negras a Valencia, con posterioridad a la muerte del Cid. En la crónica americana, las referencias se multiplican y resultan memorables en los textos de Fernández de Oviedo y de fray Gaspar de Carvajal. Este último fue cronista de la expedición de Orellana, y perdió un ojo por el efecto de un certero flechazo de una de las amazonas.

El oro ha de ser siempre un espejismo. Hoy sabemos muy bien que encubre algo más. “Los fríos resplandores del oro maldito alternan, como los destellos de un faro en la noche, con el rayo caliente y solar del oro que fluye a chorros de las fundiciones del Darién a las bodegas de los galeones y de ahí a los colmados cofres de Su Majestad”, anota Antonello Gerbi en su bello libro “La Naturaleza de las Indias Nuevas”. Enumera cómo los buscadores de oro levantan la tierra en tanto la muerte les va poniendo innoble máscara amarilla, hasta que la macabra empresa se convierte en

una estampa de Holbein, confirmando el vínculo "fatal e infrangible entre producción y muerte".

Con las galas retóricas de la latinidad, los espacios y los seres míticos proliferan. Surgen las sirenas, que alguna vez acostumbraron a volar. Pausanias dice que, por osar competir con las Musas, en lo que respecta al canto, fueron privadas de alas. San Isidoro asegura que poseían garras. En el siglo XIV circuló abundantemente la historia de Melusina, mujer casi toda la semana y sierpe sólo los sábados, quien casó con el conde de Poitiers, si aceptamos la historia que narra Jean d'Arras, en su "Crónica de la princesa", impresa en Génova, en 1473, aunque debió ser escrita un siglo antes. El templo de las sirenas, en Sorrento, fue muy bello. Flaubert puso una en un libro con el fin manifiesto de tentar a San Antonio.

Las del mar Caribe no lograron el afecto de Colón. Eran escasas de pelo, de rostro sin gracia, por "manera que tenían forma de hombre en la cara", lamenta el Almirante. Las alegorías renacentistas mostrarán —dice Roy Bartholomew— a Colón de pie, "en nave liliputiense, manejando instrumentos de medición astronómica, y, en torno, el mar, donde pululan tritones, Poseidón luce su tridente, y opulentas damas, hundidas hasta el ombligo, muestran generosas sus pechos y larga cabellera".

\*

Al emprender el viaje en busca de la Ciudad de los Césares nada puede extrañarnos. Leonardo creía que el unicornio se adormecía al reposar su cabeza en el regazo de una doncella. El insigne Bacon admitía la existencia de un país afortunado en el cual "los extranjeros se conservan indefinidamente en la edad que tenían al entrar en él".

El punto de partida del mito se halla en la región del Plata, en el fortín de Sancti Spiritus. El explorador veneciano Sebastián Caboto envió, en octubre de 1529, a quince de sus soldados "para que fuesen por la tierra adentro a descubrir las minas de oro e plata e otras riquezas que hay en aquella tierra". El grupo prefirió dividirse. La mitad de él tomó el rumbo de los llamados quirandíes; la otra mitad, el del río Curacuraz. Luego de cincuenta días, sólo regresan el capitán Francisco César y seis o siete de sus hombres, repitiendo todos "que había tanta riqueza que era maravilla, de oro e plata e piedras preciosas e otras cosas". El suceso es registrado por el cronista Oviedo, por Juan de Castellanos, en las "Elegías de varones ilustres de Indias", y por Ruy Díaz de Guzmán, en "La Argentina". El señor de la ciudad —cuenta éste— "los recibió humanamente, haciéndoles buen tratamiento, gustando infinito de su conversación y costumbres, y allí estuvieron muchos días, hasta que César y sus compañeros le

pidieron licencia para volverse, la cual el señor les concedió liberalmente, dándoles muchas piezas de oro y plata”.

Se supone que el relato hecho por César a Sebastián Caboto corresponde a cuanto le fue referido por los indios de las pampas de San Luis y Mendoza, quienes se limitaban a repetir cuanto habían oído de las riquezas de los del Perú. La “híbrida sociedad indiana”<sup>1</sup> no distinguía aún los límites de la verdad y de la ficción. El capitán español Francisco César dará su nombre a la ciudad mítica y ésta habrá de trasladarse, en la tradición de las fábulas milesias y de los relatos del Oriente, desde el río de la Plata a las sierras peruanas, y desde éstas hasta los hielos del Estrecho de Magallanes.

¿Cómo se produce esta mixtura de historias? El obispo de Placencia, Gutierre de Vargas Carvajal, costea una expedición que deberá buscar la ruta de las Molucas. Las naves parten desde España a fines de 1539 para llegar al Estrecho el 20 de enero de 1540. La nave capitana naufraga, los tripulantes llegan a la costa. Después de eso, sólo el enigma. ¿Qué se hicieron esos naufragos? ¿Qué ruta pudieron tomar? La explicación: hallaron o fundaron una ciudad. Y Sebastián de Argüello, uno de los hombres de la nao principal, habría sido exaltado al rango de Patriarca y Emperador de los Césares.

Alguien mezcló el relato de los desaparecidos en la expedición de Francisco César con el de los naufragos de la nave del obispo de Placencia. Muy pronto, la idea de urbe feliz, de espacio paradisíaco, de ciudad del oro, habrá de unírsele.

Un piloto práctico, Juan García Tao, salió de Castro, en tres dalcas, el 6 de octubre de 1620, con destino al archipiélago de los Chonos. Alcanzó posiblemente hasta el istmo de Ofqui. Regresó al norte —expresa Roberto Maldonado en “Estudios geográficos e hidrográficos de Chiloé” — con la firme convicción “de la existencia de la Ciudad de los Césares, y creyendo que si no alcanzó hasta ella fue por la escasez de víveres”.

Los cronistas nacionales no van a dejar de contar los hechos de la inubicua ciudad. Diego de Rosales ya comenta con discreción y brevedad. Alonso de Ovalle, en “Histórica Relación del Reino de Chile” (1646), sospecha que los Césares pueden ser los naufragos de la nave del obispo de Placencia y contribuye a la continuidad de la existencia del mito. “Tengo cartas —escribe— en que me avisan que el padre Jerónimo de Montemayor, apostólico misionero de aquel archipiélago de Chiloé, entró la tierra firme adentro con el capitán Navarro, que es muy valeroso y afamado en aquella tierra, y otros españoles, y descubrieron unas naciones que se piensan son estos Césares, porque son gente muy blanca y rubia, bien dispuesta y agestada, y que en su disposición y gentiles talles

<sup>1</sup>Mariano Picón Salas

muestran ser hombres de gran valor, y que habían traído consigo algunos de ellos para tomar lengua de lo que tanto se desea saber”.

Más escéptico, el padre Miguel de Olivares nos pone, en su “Historia Militar, Civil y Sagrada de Chile”, en guardia: “esta provincia o ciudad de Césares en el modo que nos la pintan, es otra República de Platón que nunca ha tenido consistencia, sino en la imaginación, y que debe relegarse al país de las fábulas”. ¿El Estrecho de Magallanes o Chiloé es el lugar que se busca?

Quizás uno de los intentos por encontrar la escondida urbe que posee mayor interés, relieve y efecto es el del padre Nicolás Mascardi, quien salió desde Chiloé, a fines de 1670, guiado por una princesa indígena llamada Huenguelé, o Estela, la cual se había convertido al cristianismo, no sin vulnerar con fiera constancia el precepto que invita a no mentir.

Desde la orilla del lago Nahuelhuapi, el padre Mascardi envió con los indios unos mensajes escritos en castellano, latín, griego, italiano, araucano, puelche y poya, a los “Señores españoles establecidos al sur de la laguna Nahuelhuapi”. Encontró algunos restos de utensilios, oyó historias de naufragos, de gente blanca y de buen natural. Fue muerto en 1672, durante el segundo viaje, tras haber dado con lo que había sido el campamento de Juan de Narborough, enviado por el rey de Inglaterra a la Patagonia, para tomar posesión del Estrecho.

En un folleto, “Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares, por el Tandil y el Volcán, rumbo al Sudoeste”, Silvestre Antonio Díaz de Rojas, quien habría de llegar a ser cacique de los pehuenches, describió la ciudad, aun en pormenores: “tiene hermosos edificios de templos y casa de piedra labrada y bien techados al modo de España”. Desde Madrid, el padre Feijóo le agregó unas rejas de oro. Díaz de Rojas exalta el clima: “y esta tierra es tan sana que la gente muere de pura vieja porque el clima de la tierra no consiente achaque ninguno por ser la tierra fresca por la vecindad que tiene de las Sierras Nevadas. Sólo faltan españoles para poblar y desentrañar tanta riqueza. Nadie debe creer exageración lo que se refiere por ser la pura verdad, como que yo lo anduve y toqué con mis manos”.

En el año 1760, el padre Tomás Falkner publicó un “Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la Ciudad Encantada”. Sostenía que para llegar a la dorada región era preciso cruzar las sierras del Tandil y la Laguna de Guamini, el río de las Barrancas, el cerro Payen y los ríos Diamante, San Pedro y del Estero o de los Ciegos, hasta los indios puelches, en la boca de un valle donde nace el río Hondo; y más al sur al encontrar el río Azufre, treinta leguas adelante se halla un río grande, que nace en la cordillera de un valle grande, espacioso y muy alegre, “en donde están y habitan los indios Césares. Es

una gente muy crecida y agigantada, tanto que, por el tamaño del cuerpo, no pueden andar a caballo, sino a pie. Estos indios son los verdaderos Césares”.

Por disposición del presidente Amat, se prepara una “Historia Geográfica e Hidrográfica” (1760). Lo valioso es un dato notable por su imprecisión relativa: “el paraje que frecuentemente le asignan está en 46° y 312° ” (la longitud de 312° se refiere al meridiano de Tenerife).

Ignacio Pinuer incluye en su “Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles, que hay entre los indios al sur de Valdivia, e incógnita hasta el presente” (1774), informaciones más concretas: hay un puente levadizo y un foso, se emplea constantemente la artillería. Los habitantes —que algunos llaman “césares” y otros “osorneses”— sólo se sientan en sillas de oro y plata; usan sombrero, chupa larga, camisa, calzones bombachos y zapatos muy grandes, con lo cual parecen milites flamencos o hermosas figuraciones de Brueghel.

A fines del siglo XVIII, el mito se encontraba visiblemente debilitado. Aun así, un sacerdote franciscano llamado Francisco Menéndez oyó, en las proximidades de Nahuelhuapi, hablar a los indios de un lugar muy distante, Chico Buenos Aires. Habitaban en él hombres blancos de calzones bombachos, poseedores de oro. Creyó dar con los Césares, preparó la visita, pero la acción del cacique Chuliaquín le impidió comprobar cuanto se le había contado.

Toda paciencia tiene límites. En el año 1783, los santiaguinos se irritaron con un proyecto de amonedación destinado al financiamiento de una expedición para dar con la Ciudad de los Césares. Hubo cabildo abierto, y la comunidad negó el dinero al piloto peruano Manuel José de Orejuela, quien contaba con una autorización del rey, refrendada en Lima por el virrey de Croix. El argumento santiaguino fue sólido: “no había, como se voceaba por tradición, en la parte austral de Chile tales Césares”.

Vicuña Mackenna pudo decir con notoria sorna, en el siglo pasado, que los habitantes de la ciudad perdida se hallaban en mejores condiciones que los santiaguinos, “sin fisco, sin aduanas, sin estanco, sin alcabaleros, sin escribanos, sin contadores mayores y, sobre todo, sin contribuciones”. No pareció extraño el desborde del mito. Don Francisco Fonck cruza la historia de los Césares con la leyenda del Santo Graal y con el ciclo artúrico de los Caballeros de la Tabla Redonda. Los “ancahuincas” o “huillihuincas” se codeaban con Lanzarote del Lago, con Ginebra y con Merlín. Todos a una.

Diego Barros Ortiz pudo oír las últimas versiones directas de ese mito copioso, hará cuarenta años. Le dijeron que más allá del lugar donde se hermanan el Río Chico y el Coihuin, cerca del Yantales, existe un caserío, la Ciudad de los Césares, ahora escondida bajo las aguas.

Las preguntas continúan. ¿Cómo sería el orden social allí? ¿Qué tipo de economía imperaría? ¿Ha rastreado la Inquisición algunas formas de herejía en el lugar? ¿Los poetas serían desplazados en beneficio de los hombres prácticos? ¿Participaría el pueblo en la elaboración de sus leyes? ¿Qué relación de clases hubo? ¿Existió una policía secreta?

Lo que parece un juego político de ficción se convirtió en la base ideológica de un libro del escocés James Burgh (1714-1775), "Un relato de la colonización, de las Leyes, Formas de Gobierno y Costumbres de los Césares, un pueblo de Sudamérica, contenido en nueve cartas, enviadas por Mr. Vander Neck, uno de los senadores de dicha nación, a un amigo de Holanda, con nota del editor" (Londres, 1764).

Empleando el mismo sistema de Montesquieu en sus "Cartas Persas", Burgh forja la leyenda jurídica de un país perfecto, "retirado y solitario en la parte occidental de la Patagonia, lugar fértil, solitario y pródigo. Aquí podíamos aprovechar los dones naturales compatibles racionalmente con la vida humana. Nuestras leyes impiden revelar el lugar geográfico escogido, y, al mismo tiempo, señalar los caminos que a él conducen, pues si alguna nación fuera tentada por la sed de dominio y de poder, podría conquistarnos, destruir nuestra Constitución, y arrebatarnos los inestimables privilegios de la libertad civil y religiosa".

La capital es hermosa y se llama Salem. La educación de los niños queda entregada al Estado. Las leyes son justas y propenden al bien común. Están prohibidas las carreras de caballo, las peleas de gallos y toda la entretención "contraria a las reglas humanitarias o a las buenas costumbres, aun aquellas que provoquen en la mente tendencia a la crueldad".

Viven todos sin "alentar ninguna clase de ambición, no queremos engrandecer nuestro dominio ni albergar la torcida intención de esclavizar a otros, tenemos, sí, la suficiente experiencia del mundo y de la actuación de los reyes para arriesgarnos inútilmente".

Los bienes que invitan a la ostentación no son mirados con simpatía en Salem, y todos están "extremadamente atentos para impedir la introducción de artículos de lujo y el orgullo social, males que provocan el abandono de las virtudes ciudadanas y pasan a ser las fuerzas que acarrearán la corrupción de las costumbres y la ruina de los estados más florecientes del mundo".

Los párrafos finales anticipan los postulados de Louis Blanc. "¡Oh Feliz Patria, fundada sobre los principios de la razón, bondad, y la equidad y conducida en su marcha por ellos! Aquí la división igualitaria de la tierra y la moderada parte entregada a cada cual; aquí la ausencia del comercio internacional, ahuyenta el orgullo, la ambición y el lujo y establece en cambio la temperancia y la industria. Aquí todos están contentos, de ánimo alegre, satisfechos con la abundancia y la libertad, disfrutando los

beneficios de una suave vida y consumiendo los frutos de su propio trabajo”.

Asidos a las señas jurídicas de ese mundo inventado por Burgh, cómo no preguntarnos por el estado de la lengua española en la Ciudad de los Césares. Si ésta se hablase allí tal vez no dejaríamos de verificar que su situación lingüística nos remite a un mundo muy próximo al del judeo-español vernáculo, o ladino, que conservaron vigorosamente los sefardíes, a partir de su salida de España, por el tiempo en que Antonio de Nebrija codifica la lengua en su “Gramática”.

Como idioma familiar o de grupo, porque los hablantes de la ciudad, no cabe duda, serían además muy pocos, encontraríamos en sana armonía un idioma tan lleno de formalidades cultas como el del Pinciano, y la gestualidad viva del lenguaje coloquial de Santa Teresa, y, según las variaciones derivadas del estrato social, podríamos coger piezas del solar de don Quijote y de las zahúrdas de Sancho, de Rinconete y de Cortadillo, sin perder de vista las articulaciones sintácticas del tenaz y monomaniaco Licenciado Vidriera.

¡Qué bella posibilidad! Lo sincrónico y lo diacrónico en un contrapunto permanente. Los dichos del refranero del maestro Correas y la jerga o parla marinera del siglo XV. La lengua críptica del hampa de Sevilla y las curiosidades del latín macarrónico. Y en un grado de fidelidad a sí mismo, todo el idioma da vueltas en un tiovivo.

Y en ese tiovivo, con una música desafinada como la del organillo de “Petrouchka”, de Stravinski, la Ciudad de los Césares gira y gira, se va desvaneciendo hasta convertirse en una historia que podría contar Alejo Carpentier. En los templos, reinan las gárgolas imprecisas, y las filigranas y volutas se confunden. Enredaderas de oro finísimo atraen a los chucaos, enmarañándose cautamente para impedirles la salida. Algún clérigo de misa y olla, señor del tasajo y gloria de las antifonas, abomina de las postreras Melusinas, a las que llamará Pincoyas, mientras da en citar a voces, con tono nasal, el “Discurso de los animales”, de San Ambrosio.

La Santa Inquisición no ha desaparecido. Van al potro los cabalistas, los que usaban ensalmos para endemoniarnos a todos, los pródigos en ungüentos, los que volaban como murciélagos. Trompetas, chirimías y atambores abren el paso al atroz ceremonial. El relapso con su coraza, la bruja de Tolú, el hechicero de Guinea, el enano caribeño de las volteretas, la insaciable Mesalina venida de Taprobana. A lo lejos, en el mar, retumban las culebrinas. Los caranchos aguardan, y un archidiácono, dándose apenas un respiro para tajar las plumas de ganso, vierte las historias en cronicones, en medio de gallos friolentos que aguardan a un lejano coronel aún no nacido.

La ciudad abre paso a la niebla. Quizás sea el último viernes antes del

Día de la Ira. Suenan la campana de oro macizo, similar a aquella que, hace cuarenta años, Miguel Arteche y yo tocábamos en otra ciudad mítica. La Ciudad de los Césares se halla al alcance de todos, en la última visión. Y es ya una ciudad teológica, un recinto agustiniano.

*Discurso de recepción del Académico D. MIGUEL ARTECHE*

## 1

Dejemos ahora al Capitán Francisco César. Salgamos ahora de esa ciudad mítica, y acerquémonos a una Laguna y a una ciudad no menos míticas: la Laguna Esmeralda y la ciudad de Los Angeles. Cerca de la Laguna Esmeralda está la cancha de fútbol. Juega el equipo del Liceo. En la portería, un muchacho alto de catorce años, de piernas angustiosamente delgadas, dirige a grito pelado la defensa, y lanza expresiones muy poco académicas. Detrás de la portería, un muchacho, menudo y bajo, de diez años, lo observa con expresión irónica: es el pasador de pelotas. En su rostro vaga siempre una suave sonrisa; su inteligente nariz siciliana no puede ocultar unos ojos transparentes que parecen siempre tomar el pelo. Pronto ha de jugar como interior izquierdo; dicho con más exactitud como interior-izquierdo-émbolo; subirá, bajará, volverá a subir para alimentar a la delantera, especialmente al puntero izquierdo; o entrará al área con pelota dominada. Es un viejo domingo de diciembre de mil novecientos cuarenta. Tanto el portero como el interior izquierdo se adelantaban, sin saberlo, a la cultura futbolística de aquel tiempo: el arquero es un jugador más; debe dirigir la defensa, ordenarla, estremecerla, insultarla, incluso, si no cumple con su deber. El interior izquierdo jamás debe estar quieto; no puede limitarse a jugar adelantado y esperar a que le sirvan balones.

El interior izquierdo era un tal Alfonso Calderón. El portero un tal Miguel Arteché. Juntos, en la mañana, habían subido al campanario de la iglesia. Mueven rítmicamente los badajos de las grandes campanas. Sólo que ése no es el momento de llamar a misa, de dar la señal. El cura Arteché los pone de oro y azul. Como se sabe, el cura Arteché (don Gonzalo) es tío de Miguel Arteché, y Calderón oficia de monaguillo de don Gonzalo, aunque piensa que cuando el cura Arteché habla del infierno lo hace con conocimiento de causa.

Alfonso Calderón es campanero a deshoras, turiferario, turibulario; quiere ser Papa; quiere ser Pacelli; quiere que lo llamen Su Santidad Alfonso I; es miembro activo de la Acción Católica, lector apasionado de *El Peneca*. A Alfonso Calderón lo expulsan de un colegio de monjas. A Alfonso Calderón le producen terror la geometría y los hombres geométricos. Alfonso Calderón se acuesta puntualmente a las ocho de la noche: nace en San Fernando, vive en Temuco, Los Angeles, Quilpué, Lebu, Lota, Valparaíso, Laraquete, Santiago. A Alfonso Calderón, como a la mosca, lo domina el vértigo; aprende palabras extrañas en el colegio de las señoritas Robin; ama la música; se va a la cordillera sin permiso de su padre; le saca a su padre los pañuelos, y los vende para comprar discos y

libros; tiene cubiertas las paredes de su dormitorio con inmundas actrices (condenadas al Orco): actrices como Rita Hayworth, Betty Grable, Lana Turner; los muros de su cuarto se ahogan con jugadores de fútbol que lo único que saben es pegarle a la pelota. "Todo lo que te digo en tu pieza de perdición", aconseja su padre, "es por el bien tuyo, para que duermas cada noche con las manos fuera de las sábanas". Y si Alfonso Calderón no se porta bien, adiós al postre, los huevitos, las salidas de domingo por la tarde, y no tendrá interior izquierdo el equipo del Liceo. "Tu padrino el señor cura dice que no vas por la noche a la novena, que tomas el coro para el fideo y a todo le das ritmo de bolero". Y seguramente Alfonso Calderón se estremece cuando oye que no jugará ese domingo por el equipo del Liceo, pues "entonces sólo quería ser interior izquierdo". Qué gran interior izquierdo se ha perdido la selección chilena, y qué gran académico-émbolo, por lo que ha de trabajar, ha ganado esta corporación.

Y en aquel tiempo, Alfonso, tamborileabas con las coyunturas, en el mismísimo coro de la iglesia de Los Angeles, una rumba "de ésas que botan a las tiucas desde arriba de las faldas". Y juegas fútbol hasta el anochecer, y en el año de El Alamein cantas "As Time goes by", "De corazón a corazón" o "Malena"; te rascas parsimoniosamente la nariz; fumas cigarrillos Premier corcho; usas suspensores a rayas; te enamoras en cada primavera y para toda la vida; sientes el heráldico olor de los tilos de la plaza; comes papas fritas durante el invierno; creces tres centímetros. Y recuerdas todo. Alfonso Calderón tiene una máquina del tiempo. Más exactamente: tiene una máquina del espacio y del tiempo; se mueve en ella como Pedro por su casa y como un incansable interior izquierdo. Con ella penetra en su pasado, en nuestros pasados. Y está allí o acá, acá o allí para revolver todo lo que se encuentra en los años perdidos. Y está bien que Alfonso Calderón viaje, y que en su pasado lo revuelva todo. El orden del desorden lo da Alfonso con el índice de su mano izquierda. Porque este Alfonso Calderón — que leyó quince mil libros en cuarenta años; escribió tres mil artículos, cuatrocientos prólogos, una novela, y dispuso doce antologías — es poeta por los cuatro puntos cardinales de su palabra. Vamos, entonces, a los espacios y a los tiempos creados para nosotros por Alfonso Calderón. Vamos ahora a viajar por ellos. Pero antes, para emplear sus mismas palabras, apartemos con su bastón "la niebla de los años", "la niebla de Turner, la única posible, que nos rodea".

## 2

Todos buscamos siempre un tiempo perdido. O unos espacios perdidos. Y no sólo porque de súbito nos llega el olor de una magdalena o el sabor de una aceituna o una melodía que regresa en el sueño, poco antes de

despertar. Para encontrarlos solemos conformarnos con un puente. Alfonso Calderón los quiere todos y los construye casi todos. Quiere, con su máquina, entrar en todos los pasados, incluso al pasado de seres de ficción, pues sabe que a la hora de la verdad todos pasaremos a ser seres de ficción. Si en sus últimos libros de versos emplea el adagio, el andante o, en el mejor de los casos, el allegro moderato, cuando nos abre su autobiografía imaginaria-real (que esto es "Toca esa rumba, Don Azpiazu", 1970, y no, como se dice, una novela), se nos ofrece en staccato, o en furioso zapateo o en, claro está, rumba frenética con ritmos yámbicos y anapésticos: rumba furiosa, como un barco que rola en allegro vivace; como si lo persiguieran las Euménides, vulgo Furias. Pues lo que toca Don Azpiazu es la rumba de la muerte, la danza de la muerte, la vertiginosa danza de la muerte. Es el libro de un poseso, pero de un poseso que fuera al mismo tiempo dueño de una bella prosa matemática, pues cuando llega a sus pasados sabe muy bien adónde va y cómo va. No inventa el paraguas: lo lleva con elegancia. Oficio magnífico puesto al servicio de una finísima ironía y de esa profundidad que él sabe detener justo a tiempo para no caer en fáciles patetismos.

¿Por qué puentes, entonces, viajaremos al pasado?  
Crucemos algunos.

## 3

Es una delicia oír el verso y la prosa de Alfonso Calderón. Cómo surgen los nombres mezclados en su batidora temporal y mortal, y no sólo por el ánimo de hacer inventarios: Maupassant, Bogart, Cervantes, Bola de Sebo, Roosevelt, Ben Turpin, Jorge V, Valentino, Joe Louis, Boris Karloff, Coré, Cimarosa, el Quinto Regimiento, El cuervo (el de Poe, porque hay, en estos tiempos, otros cuervos), Gertrude Stein, La Bella Otero, El gato Félix (fui admirador del gato Félix, y aún lo admiro), Mozart, Aguirre Cerda, Gardel, Atila, Homero, Voltaire, Juliano el Apóstata, Bing Crosby, El Cristo de Elqui, Dick Tracy, Mandrake el Mago (Alfonso se siente identificado con Mandrake el Mago), Tom Mix, Tony Galento, el Laberinto de Creta, Sherlock Holmes, Benny Goodman, Tedy Wilson, los Hermanos Marx (marxistas en el buen sentido), El Llanero Solitario, La Tortilla Corredora, Marmaduke Grove, Drácula, Bach, Shirley Temple, Herbert Stevenson ("el mejor profesor de inglés del mundo", y así lo fue), Charlo, Pimpinela Escarlata, Ricardo Latcham, Cantinflas, Gabriela Mistral, Buck Jones...

Reyes, políticos, dictadores, actores y actrices de cine, organismos que matan o que dan vida, escritores, artistas, dibujos animados, heresiarcas, maestros, bandoleros, policías, mitos, pájaros reales o inventados,

acciones de guerra, personajes de cuentos y novelas (más reales, a veces, que muchos hombres de carne y hueso), cómicos, dictadores, fanáticos, economistas: cada cual con sus salsas, nombrados no por el gusto de hacerlo o para demostrar, con José Santos Discépolo, que el mundo es un cambalache. Cada uno de ellos forma parte de su pasado o de nuestros pasados. ¿No es una tontería, después de todo, creer que el pasado está compuesto sólo de lo que vivimos en la realidad? ¿Y no es vivir realmente entrar en el Laberinto de Creta, ser Mandrake el Mago, tener la nariz de Cyrano, agacharse como Arturo Godoy para pelear contra Joe Louis, oír el *Nevermore* del Cuervo, sacar el revolver y disparar con Dick Tracy, cantar como Gardel eso de "rechiflate del laburo, / no trabajés pa los ranas"? ¿Quién es quién en el pasado? Y aunque en la rumba de Don Azpiazu, el narrador se autodenomina Alfonso Calderón, se trata de un no-Alfonso, de un sí-Alfonso, de un más-Alfonso, de un menos-Alfonso, o de ese Alfonso que quiso ser Papa y en la imaginación fue Papa. Ser, querer ser, ser lo que se quiso ser, ser lo que nunca se quiso ser: en esto consiste la poesía.

## 4

Para Alfonso Calderón todo material es bueno si lo puede quemar y transformar: lo mágico, lo esperpéntico, el cine, las evocaciones elegíacas, la taracea de cuentos folklóricos, los cambios de estilo, las silbantes metáforas, un episodio doloroso de su infancia (el gorrión crucificado en un árbol por un muchacho perverso), las crónicas y los avisos comerciales de periódicos, las canciones de época (rumbas, valsos, tangos, rancheras, candombes, boleros), la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la ausencia de puntuación (cuando es necesaria), esa irreverencia de mezclar coloquialismos con textos de la liturgia de la misa, aquellos magníficos retratos de sus abuelos, los retratos del profesor Briones y del martillero Mellado, los retratos de personajes excéntricos (el loco Aguilar grita que tiene pasaje de primera en el Caleuche), el Instituto Pedagógico y el Internado Nacional Barros Arana; el estilo sermón, el amor adolescente, y la fugacidad del tiempo.

¿Quién detiene la rumba de Calderón? Pero, ¿quién detiene a la muerte? ¿Y qué son estos puentes sino "medios de contacto con ese orden secreto, mágico y perdido"? Infancia-sol contra infancia-noche. Paraísos e infiernos. Viejos discos que abren miles de puertas. Alfonso recuerda que olvidó o pudo haber olvidado, según dijo San Agustín: memoria del olvido. Alfonso sufre de una grave enfermedad, pero esta grave enfermedad lo mantiene vivo. Ojalá nunca se cure. Alfonso es un hincha de la memoria: sufre de hipermnésia. A veces, su memoria se acelera, como en

la rumba de Don Azpiazu. A veces su memoria se mueve en cámara lenta. El pasado surge rápido o lento desde la urdimbre de imágenes y metáforas plásticas, coloquiales, obscenas, religiosas, blasfemas, nostálgicas, tiernas, furiosas: cuerdas con las cuales nos ata para que nos transformemos en espeleólogos.

Veamos y oigamos algunas, porque hay que verlas y oírlas: "las zapatetas endemoniadas de la tos"; "gallos ligeros, punteados, católicos, madrugadores"; "hoy son flores, mañana serán hiel"; "con varias me acuesto, con varias me levanto" (aquí el nuevo académico Alfonso Calderón se manda la parte); "que le den la revancha: se dice desquite, sí, señor Rosales"; "la saliva del maestro se acrisolaba, perpetuando los fueros de su dignidad, e iba ondulante a formar su propio delta"; "no sabías que la muerte se atusaba los bigotazos"; "el furibundo olor de las castañas"; "los muertos se quedan solos, a las seis, en el invierno"; "con películas más viejas que no habiendo"; "mientras los cinco o seis mil espectadores de los Campos de Sport de Ñuñoa deben estar hoy completamente tapados en el General, aunque esa tarde se sentían dueños del mundo"; "lo abuelearon, lo madrearon"; "ojalá forníques con un millar de estudiantes antes de que la muerte se te ponga grela y te agarres a la bragueta de un viejo cuarentón o empieces con las aspiradoras automáticas y el cuchillo a la derecha"; "tan loco como un fósforo encendido"; "todo el parque se ilumina como un gallo japonés"; "como un puñado de monedas en el traje de algún muerto".

## 5

Relámpagos en esa rumba. Adagios en sus poemas de *Isla de los Bienaventurados* (1977) o en aquellos escritos para clavecín.

Sea, como el propio Calderón dice, que el espíritu de su obra está en lo que Schoenberg llamaba "fragmentos como todo", o que haya colocado en su relato "formas oblicuas de intimidad que permiten representar, por un proceso de implosión, un tiempo bergsonian", lo cierto es que, rápidas o lentas, los cuantos de energía que lanza Calderón tienen la atmósfera y los procedimientos de la música. Por esto mismo, su prosa y sus poemas alcanzan ese exacto sentido de composición que nos deja oír justamente lo que él quiere que oigamos. Aquí no se improvisa. El poeta manda siempre sobre su palabra, lo cual, claro está, no quiere decir que no escuche a la Musa.

Y el poeta que él es ha permanecido oculto: el profesor, el periodista, el lector, el conferenciante, lo han escamoteado. El mismo se ha escamoteado porque siempre fue (y es) insolentemente tímido. Oculta ha permanecido su poesía, pues sólo tres de sus libros dan la real dimensión del

poeta. Después de un primer libro anodino, y luego de buenos augurios, los de *El país jubiloso* (1958), Alfonso pierde el norte en *Los cielos interiores* (1962), pero se vuelve a encontrar en su *Isla de los Bienaventurados* y en *Poemas para Clavecín* (1978). Y creo que estas dos últimas obras (no sé si alguien se haya enterado) dan a nuestra poesía algo que en ella no abunda: el poema que nace ligado a un mundo de cultura y vuelve a él para extraer una lección inolvidable de vida. Y esto, además, no es frecuente en la poesía de nuestra lengua. Al revés de la tradición anglosajona, francesa o alemana, que posee, como ha descrito José María Valverde, un "bien trabado cuerpo crítico entre cuyas espesas mallas queda valorado y configurado automáticamente todo producto nuevo, la escasez crítica de nuestra tradición", agrega el ensayista y poeta español, "hace que todo poema tenga que salir con los zapatos perfectamente atados, sin nada que descifrar, ni apenas una alusión encomendada a la cultura literaria del lector".

Pienso que de esto se trata. Tanto en *El país jubiloso* como en sus últimos poemas, Calderón recurre a un mundo de cultura o a ciertas formas de un mundo de cultura. Algunos creen que este procedimiento podría enfriar el cuerpo del poema. Pero ni en *El país jubiloso* ni en *Isla de los Bienaventurados* ocurre eso. Ironía, nostalgias, esos profundos y desesperados buceos en el mar de sargazos de los años, visiones apocalípticas, desolación por la pérdida de lo religioso, se apoyan, como en su prosa, en objetos de cultura que siempre se encuentran en un tiempo presente (en presente histórico) y se mueven sobre espacios escindidos que estallan y se imbrican en poemas de cuatro estrofas, cada una de cuatro versos: éstos fluctúan entre once, catorce y dieciséis sílabas. (¿A qué se debe, en este caso, la obsesión por el número cuatro?). En ellos emplea esa técnica de variaciones y recolección propia de la música: movimientos que transcurren, como en cascada, suave e inexorablemente: el "principio de cada verso coge el impulso de la ola rítmica", como quería Pound.

## 6

Dos son, pues, las vertientes de estos poemas: una, la que procede, como en *El país jubiloso*, del Antiguo Testamento (Jericó, Holofernes, Baltazar, Nínive, Sansón, Job, Abraham) y se vuelca en visiones cósmicas que se unen a objetos domésticos: por ejemplo, en esa "taza de té que se yergue, majestuosa, como un promontorio marino..."; o en invocaciones jeremías-cas ("He visto de tus manos, ¿oh Dios?, rodar / cientos de vidas como monedas extranjeras..."); o en el Tiempo que inmutable se liga al mar, y que en *Isla de los Bienaventurados* se nos entrega de una manera completamente diferente. En aquel libro, el mar es contemplado por el Tiempo, el cual sólo aparece cuando se produce un cambio: "tu tiempo no es mi

tiempo, cuando el mar / nos contempla, / crece la ola y la boya tambalea". En este libro, en cambio, el tiempo invisible se precipita en visiones de pesadilla:

Distraído, el hombre sirve el vino.  
Los años de ausencia acaso albergan  
las flores que trajo y el periódico.  
¿Puedo ver la columna de los muertos?

Alguien, sin quererlo, enciende aún  
un cigarrillo. Azul, el humo llega  
a la cocina, y la vuelve un sueño  
de Vermeer. Deja que la lámpara

anuncie el final de aquella historia.  
Por la enorme puerta, abominable  
el tiempo avanza, sube al altillo,  
abandona el cuarto de costuras

y coge el pasamanos de la escalera  
como si hubiera de reírse en la cara.  
Va, de pieza en pieza, encendiendo  
las luces. Ya está solo. El polvo seco

del camino le cierra la garganta.  
Luego insinúa: "todo es difícil  
de decir". Tose, balbucea, alza  
la copa y sirve el vino, aún.

*Tiempo*

Esto es hablar del tiempo tal vez a la manera manriqueña, y no, como podría creerse, según don Tomás S. Eliot. Pero Alfonso agrega algo más, algo muy importante: el tiempo, ese hombre que sirve el vino, está solo; el tiempo-vida-río no va a dar a la mar del morir. Y si el tiempo está solo es porque la muerte no existe. Está dicho todo: no falta nada en el poema. Ese adverbio —aún— que se anuncia en la segunda estrofa y está colocado al final de verso, aparece otra vez cuando el poema termina. El tiempo que allí enciende aún un cigarrillo, aquí "tose, balbucea, alza / la copa y sirve el vino, aún".

Veamos, ahora, cómo aparece este gran viajero, en dos ejemplos típicos de inmersión en el pasado:

De pronto nos acordamos de Bagdad.  
Tú mirabas a un caballo que tenía  
estrellas puras en la frente. Pasan  
los choyoyes y se cubre de zarzamoras

el camino que da al río. Confiada esperas  
el arribo del ave Roc. Dejas cartas  
en el único buzón de la aldea soñolienta  
y yo admito que ha de llegar en postillón

el mismísimo José Bálsamo. Quizás  
oiga la viola d'amore. De pronto,  
nos acordamos de Bagdad. Tú te ibas  
y yo hice promesas al genio de la lámpara

y a la suave e incitante Scherezade.  
Todo queda allí: el chilco en el herbario  
del Liceo, los tilos de la plaza, la voz  
del viejo que habla del día de la ira,

y el rodar de los toneles de cerveza,  
junto a la calleja empedrada y gris.  
Sólo faltan el piano triste de Fats Waller  
y tus dos manos sobre el libro de Bagdad.

### *Tú venías de Bagdad*

En "Scherzo", el cuerno del heladero evoca el olifante de Rolando, y por esa puerta entramos, otra vez, en el presente-pasado, donde, a veces, se llega a un espacio histórico, se juega con personajes de ficción o se es un personaje de ficción:

Como en la epopeya de Rolando, oigo, una vez  
y otra, el cuerno del heladero, no lejos de mi casa.

Vuelan a Etiopía los aviones italianos, y pasa  
Basil Rathbone persiguiendo al luminoso can

del señor de Baskerville. Las palomas toman  
migas de tus manos, esas manos que no están.

Como pan con miel de ulmo, en tarde de fin  
de mundo. Hablan mis padres de Mary Pickford

y el molinillo del café pone una pausa o adormece,  
en tanto las tablas de multiplicar van dejando  
la melancolía de un vago qué me importa.

Tú, mi Badrulbudur, amabas al bueno de Aladino.

### *Scherzo*

Pero parece que los viajes al pasado no se limitan a esas nieblas de Vermeer o de Turner, o a ese humo de cigarrillo que llega a la cocina, o a ese sopor de la siesta donde se oye, un sonido. Alfonso retomará ahora temas, hombres y circunstancias que corrían velozmente por su prosa y a los cuales dará nueva dimensión. En "Las visitas", por ejemplo, se trata de un despiadado aguafuerte de impronta goyesca. En "Nostalgia" se oculta, tras el título, un terror que está entre el sueño y la duermevela:

Devorado por las sillas, esos tigres vencidos,  
salgo a la calle. A espaldas del ángel, el león  
dormita y retira la garra fuera del cuadro.  
El pie se afirma en la pared. Nos tendremos

lástima y hemos de irnos enseguida. Dejo  
 las puertas oscilando y suena aún la Sonata  
 de César Frank. Me disgusta esta multitud  
 de sillas viejas. Estoy a raya y en la pieza

corre el jinete, incierto, tenaz, enloquecido,  
 fuera del espejo que reúne a las nubes.  
 Me pierdo en el sueño, tal vez desaparezco.  
 Nadie sabe quién soy. Golpean las cucharas

en los platos y me pongo a contar los pasos  
 que voy dando. Recupero la confianza en el tigre.  
 Viene la criada, aparta las migas, y retira,  
 una a una, las sillas. La última me devora.

*Nostalgia*

Y, en fin, esos descensos infernales en lo grotesco y sarcástico, como en "Fantasma" o en "Hombre de negocios", donde la visita al pasado se transforma en un llagado presente. Veamos el primer poema. Es un fantasma absolutamente notable: en el fondo es un pobre hombre que parece fantasma o un fantasma que parece un pobre hombre.

Parece un zombi o un gallo desplumado,  
 aleteando en la cocina. A la hora de la cena,  
 pone los pies sobre la mesa y se ilumina  
 a bulto y en relieve. Pellizca a las visitas,

por debajo de la mesa, y hace signos obscenos  
 con la diestra. Abusa del estilo, sobreactúa.  
 Va a la iglesia y fuerza el cepillo de las ánimas.  
 Tiene santos en la corte y dirige su propio

funeral. A la música sacra, prefiere  
 Noel Coward, y con aire snob disfruta  
 dando vueltas en el aire. Parlotea,  
 burlón, en los tejados, y se alza

siempre con el santo y la limosna.  
 Reniega del Medioevo y de puentes  
 levadizos. Se resfría en el verano.  
 Huye siempre que la cosa está que arde.

Es tieso como el bastón de un mariscal.  
 Víctima del blanco, simula el bermellón.  
 Solo, al fin, recoge las migajas, bebe  
 el trago del estribo y eructa como un monje.

*Fantasma*

Algo ha cambiado y se ha roto en esta poesía. En su último libro aparece, sí, también aquel universo de cultura —pintores, mitologías,

escritores, músicos—; pero por primera vez, como en “Moulin Rouge”, el pasado se hace hostil. Comienzan a desvanecerse los personajes literarios con los cuales convivió. El viaje al pasado, por lo menos a este tipo de pasado, termina. Ahora vivimos el horror matemático. Dachau, aquí, no es sólo Dachau: es *el* campo de concentración que puede ser cualquier campo de concentración creado por la sevicia del hombre:

Ahora, finalmente, la muerte pone orden.  
Ya no hay la espera interminable ni la sed,  
el hambre o el dolor, sino la voz del Señor  
y la palabra Jerusalén. Todos ellos, a una,

me apartaban con el pie y el guarda decía  
riendo: “qué sentimental”. Me apalean  
en los hombros. Veníamos en trenes  
y los niños asustaban a los muertos

deletreando los nombres de los pueblos,  
dibujando pájaros y flores. Los vecinos  
repetían: “nada sé. No hay tiempo  
para ustedes. Construyan vías, puentes  
y refugios. Derriben árboles. No pidan  
nada”. Ya no lloro. Con mis ojos de ciego  
repaso la estrella de David y miro sólo atrás.  
No hubo un nombre solitario en esa piedra,

ni “Rebeca”, ni “Ana”, ni “Elisa”,  
ni “Marcos”, ni “David”. Los lagartos  
duermen en el sol pálido de octubre.  
Vienen los niños y lloro como la última vez.

Dachau

Así termina este viaje con Alfonso Calderón, a través de las regiones de su bella y precisa palabra, tan hermosa y exacta como “las entregas de pelota que hacía Jorge Robledo, recién llegado a Chile, en el cincuenta, justas a los pies del puntero derecho, desde más o menos cuarenta metros”. Como el orden de su vida, que ha sido “trabajar desde las ocho de la mañana a las doce de la noche, sin parar”. El ha dicho que “escribir es una posesión..., el abrazo interminable para sujetar la vida”. Yo diría: para exorcizar a la muerte.

Tímido, elegíaco, infatigable, explorador, periodista de pro, irónico, músico, desenfadado, creyente, ateo, denostador, alabador, interior izquierdo, gran maestro de vocaciones, guía infalible para cualquier club de lectores: amante, en fin, desapoderado, de la palabra en un mundo que la odia o la corrompe, Alfonso llega a esta Academia con plenos poderes y legítimo derecho, y digo legítimo porque hay derechos que no son legítimos.

Te recibimos, pues, con admiración y regocijo. Y yo, ahora, oigo sonar otra vez las perdidas campanas de la iglesia de Los Angeles: esas campanas que tú y yo tocábamos en un verano mítico de hace cuarenta años.